

## VIOLENCIA EN LATINOAMÉRICA

Oscar Andrés Cardenal Rodríguez Maradiaga, S.D.B.\*

Mientras escribía estas páginas, no he logrado quitar el pensamiento de aquel sabio griego que, preguntado por la diferencia entre la guerra y la paz, respondía: «En la guerra los padres entierran a sus hijos y en la paz son los hijos quienes entierran a sus padres» (Heródoto). La afirmación no deja de ser dura y se convierte en un desafío para la razón y la esperanza.

¿Por qué no permitírnos reconocer la evidencia, el lugar común si se quiere, de que vivimos en guerra y que nuestra tranquilidad, nuestra paz está poblada de todas las guerras por venir? Es posible que sea chocante este realismo –o, si se quiere, este pesimismo–, pero es preciso trabajar desde ahí para no construir ilusiones a partir de una mentira que está lejos de ser piadosa.

### 1. El mundo en que vivimos

La fascinación que surgió en 1989 cuando cayó el Muro de Berlín y el optimismo desbordado sobre el nuevo milenio que llegaba –y con él, el final de la historia, la ética mínima, el ocaso de las ideologías, la comunicación y la globalización– se han transformado en una pesadilla. La tímida ternura con que nos asomamos al final del 31 de diciembre al número 2000 o la ansiedad con que saludamos el amanecer del 1 de enero de 2001 del tercer milenio nos ha conducido –como Alicia en el País de las Maravillas– al otro lado del espejo. He aquí lo que hemos descubierto:

a) Después de haber creado instituciones para luchar contra la pobreza, hemos tenido que aceptar que cada vez somos más pobres y que esta pobreza se ha venido convirtiendo en indigencia y en exclusión, poniendo en evidencia a las víctimas reales de la globalización. ¡Cuántas veces desde la Iglesia hemos llamado la atención sobre lo que veíamos con nuestros ojos crecer como una ola! Desde la pastoral hemos visto el aumento de la pobreza y ¡hemos presenciado la muerte de tantos! A nosotros condolidamente nos trataron con la delicadeza con la que se trata a los ingenuos. Fue necesario que el profesor de la Universidad de Columbia Joseph E. Stiglitz lo dijera y le entregaran el premio Nobel de Economía del año 2001, para que sus palabras: «Hay que cambiar de ruta», se convirtieran en un imperativo. Esto no es un reclamo, es la dolorosa constatación de un pastor que

---

\* El autor es el actual Arzobispo de Tegucigalpa y fue presidente del Consejo Episcopal de Latinoamérica (CELAM). El texto reproduce la conferencia ofrecida el 25.4.2002 en el marco del curso «La violencia: sus raíces y manifestaciones en la sociedad actual», organizado por el Centro Mediterráneo de la Universidad de Granada. Mantiene, por eso, su original estilo oral.

siente que persistir en la equivocación nos está colocando y colocará de nuevo en la línea de la violencia. «No hay democracia sin justicia social»: ésta parece ser una verdad manida, pero no deja de ser cierta. La legitimidad moral de la democracia está siendo interrogada. ¿Quién podrá en el momento decisivo sacar la cara frente a un 60% de pobres que sienten que la democracia tan sólo ha difundido y consolidado sus carencias? ¿No son éstas las víctimas de la globalización de las que nos hablan el teólogo Jon Sobrino y el profesor de la Universidad de Madrás Felix Wilfred?

b) Hemos descubierto, en segundo lugar, que han desaparecido o se han debilitado aquellas instituciones a las que, de alguna manera, les podíamos reclamar por lo que estaba sucediendo. Ya casi no queda nada de los Estados nacionales. Los partidos no resistieron «el comején» de la corrupción y se desmoronaron luego ante la acción purificadora de aquellos movimientos ejemplarizantes de «manos limpias» surgidos hace veinte años. En efecto, sometido a la «dieta» de las privatizaciones indiscriminadas, nos quedamos con un «Estado famélico» incapaz de dar las respuestas que lo legitiman. Los bienes de la nación se remataron al mejor postor –o al peor según fuera el peso de la corrupción–. Los bienes de todos se convirtieron en los bienes de pocos y los muchos se quedaron reclamando a un «Estado anoréxico» lo que ya no les puede dar<sup>1</sup>.

La necesidad, el coraje, la rabia y la angustia populares se están estrellando ahora con unos partidos que nada pueden, con un Estado que se ha dado cuenta de que es impotente. ¿Será cierto que ya no sabemos quién nos gobierna? En la sabiduría popular, que es aquella que sobrevive cuando los «sabios de artificio» no pueden hacer otra cosa que callar, se dice que «lo que la gente necesita es saber dónde quejarse y no toparse con la sorpresa de encontrar que el que debe reconocer nuestra queja se está quejando de lo mismo ante otro». En este sentido, el caso de Argentina es doloroso y patético.

El profesor Sabino Cassese afirma que la palabra «Estado» es inservible. Se calcula que tiene más de cien significados. Se estima además que existen cerca de doscientos Estados nacionales coordinados en sus acciones por 1.850 instituciones internacionales. Éstas, a su vez, responden a una especie de «superego» organizativo que los más simplistas denominan «imperio». Y éste igualmente obedece a mecanismos más complejos, que constituyen el llamado «gobierno de las supersociedades».

---

<sup>1</sup> Permítanme aquí hacer una anotación que debe ser tomada con mucho cuidado. Amo las organizaciones de la sociedad civil dedicadas a la solidaridad y este afecto lo comparto con las organizaciones no gubernamentales que cumplen con igual propósito. Sin embargo, tenemos que ser vigilantes para que no se nos presenten disfrazados de tales los enemigos de la democracia, de la justicia social y de la solidaridad, que también lo son de la paz y de la seguridad ciudadana.

El Estado ha cambiado. Antes era «providente». Después «gobernaba». Finalmente se metió a «pedagogo». Ahora reclama tan sólo el papel de «regulador». Su tarea es traer a la convivencia una serie de reglas que todos hemos de cumplir, es el dejar hacer (*laissez faire*). Todo ello ha sido presentado bajo la terminología nueva de «la tolerancia». Es el triunfo de los antiguos ideales del liberalismo económico que se retardó con la crisis de los años 30 del siglo anterior y que prosperó luego con la desaparición del comunismo.

Cuando no se tienen partidos ni Estado, el camino hacia la violencia se hace más fácil. Quiero llamar la atención sobre el hecho de que los mismos ingleses, después del *thatcherismo*, están comenzando a hablar de la urgencia de recomponer o reordenar el Estado. Y advierto que no se trata de la nostalgia del Estado o de los partidos de ayer, sino de la urgente necesidad de re-crear un «Estado diferente» y unos «partidos para el hoy».

c) Una tercera dimensión de la violencia persistente entre nosotros es la ruptura de ritmos entre dos transformaciones que, a menudo, aparecen como contrarias: la «globalización» y la «localización». Mi opinión es que la primera sin la segunda es suicida. La localización –la vida municipal– encierra el tesoro de humanización que requiere la globalización. La globalización no puede ser tan sólo un resultado del imperativo financiero unido al innegable avance cibernético. Nadie va a meter la cabeza bajo la arena para que pase la historia sin que sea vista. Es preciso entender que el ser humano de hoy no puede desprenderse de sus señas de identidad. Esta identidad está dada todavía por las relaciones sociales con los vecinos, con los parientes, con la familia. Brota del saber que se camina por la vida al lado de alguien...

Hoy se habla del fin de la política, de la historia, de las religiones, de la ciencia, de los valores, de la ideología, del arte... Para algunos autores hemos llegado ya al final y se vuelve a la manida frase de que tan sólo ahora comienza la historia. Algunos dicen que «el prójimo» es una categoría pre-global, anterior a la «virtualidad». Sin embargo, al escribirles esto no he podido dejar de pensar en la violencia en Argentina y en algunas otras capitales de las dos Américas, desatada por jóvenes de formación virtual, de valores virtuales y de amores virtuales. Su violencia termina en masacres reales, en suicidios frecuentes. Han perdido las señas de identidad y, con ellas, la contención que les permitía vivir en sociedad.

Pobreza, crisis institucional y carencia de señas de identidad son también en América Latina razones de la presencia de la violencia y razones de la ausencia de la paz, y continuarán siéndolo. El viejo y falso eurocentrismo o la visión del «primer» mundo con respecto a nosotros, que seguimos en el «tercero», sólo entiende que la muerte entre los pobres del mundo es únicamente posible por el robo, el partidismo, los ideologismos y el fanatismo religioso. No es así. Las razo-

nes, motivaciones y formas de la muerte, así como las de la vida, son transversales, nos pertenecen a todos. Uno de los efectos de la globalización es que, por fin, reconocamos que «todo sur tiene su norte» y «todo norte tiene su sur». Y eso es bueno saberlo, porque siempre seguirá existiendo la tentación de disfrazar, por ejemplo, una guerra de intereses petroleros con ropaje de fanatismo religioso, de intemperancia partidista o de tribalismo no superado.

A decir verdad entonces, en América Latina –en «nuestra América», como decía José Martí– el mapa de la realidad de la muerte y el de la esperanza de la paz se confunden y responden en su variedad a que nuestra gente vive en el siglo XIX, en el XX y en el XXI, y conviven entre nosotros los problemas no superados aún y las expectativas todavía no logradas, pero largamente prometidas.

## *2. La violencia en que vivimos*

La violencia en América Latina tiene las formas de las noticias periodísticas habituales: a) violencia de orden ideológico; b) violencia de orden económico-comercial; c) violencia de orden tribal; y d) violencia de soberanías inconclusas.

Es cierto que hay –por ejemplo, en Colombia– una profunda guerra que, aparentemente, cumple con todo el rigor los rituales de la violencia de orden ideológico de una sociedad libre contra el marxismo-leninismo. Es una confrontación que cumple más de 50 años continuos de discurso subversivo, por un lado, y de afirmación del Estado y de los valores nacionales, por otro. Este germen, que se cree extinguido, fácilmente puede resurgir de nuevo en países como los pertenecientes al grupo Andino y Centroamérica. En Colombia la guerra produce directamente cerca de 12.000 muertos anuales. Si aceptamos la propuesta del eufemismo en moda de los «daños colaterales», habría que sumar 18.000 víctimas más. Con ello, son unos 30.000 muertos al año los que, en verdad, poco importan al mundo así llamado civilizado.

Igualmente en Colombia –aunque la semilla de la maldición está viva en otros países– existe la confrontación armada de aquellos que han convertido el Evangelio en una opción de violencia. Es claro que en el espacio limitado de esta conferencia no puede irse al fondo de las cosas –y no es fácil ir al fondo de las cosas–. Sin embargo, es necesario dejar claro que quienes combaten «desde la convicción de sus ideales» lo hacen en una sociedad injusta que tiene acumulada una enorme «deuda social» no satisfecha, que hay que pagar. Pero tal pago de lo debido socialmente sólo es posible en la paz. Este «delito social» se articula en la deuda externa cuando se mira desde la perspectiva internacional. No hay país entre los nuestros que no se esté asomando a la puerta de la «violencia posible» por razones de justicia social. En buena medida, la inseguridad ciudadana es el preanuncio de la violencia futura.

Miro con inquietud la realidad del huracán detenido de Chiapas, el renacimiento del indigenismo militante en Bolivia, Ecuador, Brasil, Perú, Colombia y Paraguay. Y me embarga la misma preocupación cuando veo el mapa de América Latina. Contemplo en él el surrealismo de un mundo que se dice en integración o globalizado y que, a pesar de eso, mantiene aún vivas las razones justificadoras de nuevas luchas fronterizas.

Hay que tener la certeza de que los grupos paramilitares también transitan el camino del crimen, de la especialización en la muerte, la tortura y el uso y abuso del narcotráfico como elemento propulsor de la guerra sucia. Los paramilitares son testaferros de intereses falsamente decentes, los de quienes piensan que sólo podrán optar por ser humanos cuando hayan destruido a sus enemigos. No hay paramilitar que no cometa la desvergüenza de decirnos en la cara que está defendiéndonos la democracia y los valores.

En «nuestra América» toda la realidad de la violencia está signada por la *producción de la droga*. Lleva ese estigma. Tiene esa impronta, el sello de la última maldición inevitable sobre los hijos de la dolorosa soledad de América Latina. El narcotráfico marca la realidad de la violencia y las imposibilidades de la paz. Desde la década de los años 60, el calvario latinoamericano está marcado por la producción, la elaboración, el transporte y la comercialización de la marihuana, la coca y la heroína de factura más reciente. No hay país que no esté vinculado a las rutas internacionales del narcotráfico<sup>2</sup>.

Sin embargo, aquí llegamos a un problema mayor. El narcotráfico es tan sólo la cara de la moneda; la cruz la constituye el *tráfico de armas*. Si se mira bien, la paz de América Latina pasa por Estados Unidos, Europa, los antiguos países de la vieja órbita soviética, los países árabes y los del Pacífico. El futuro de la paz y de la violencia latinoamericana está globalizado, como también lo está el problema que he presentado.

El tráfico de armas es el negocio más rentable del mundo y supera con creces al de la droga. Pues bien, ¿quiénes compran armas?, ¿dónde las compran?, ¿quiénes venden armas? Desde el final de la guerra fría, la venta de armas ha ido más allá de un crecimiento superior al 500%. ¿Quiénes compran la droga en Estados Unidos y Europa? ¿Cómo entender la exportación «legal» de insumos químicos, sin los cuales sería imposible el procesamiento de la droga? ¿Cómo entender que no se sepa que los dineros de la venta de drogas en su inmensa mayoría estén depositados en el flujo de capitales de naciones no traficantes?

---

<sup>2</sup> En este momento debo ser justo en afirmar que, en medio de esta maraña, es preciso reconocer que hay un buen número de líderes de uno o de otro bando de los gobiernos y de los grupos indígenas que luchan por mantener lejana de las contiendas y las diferencias la sombra del narcotráfico.

Me dirijo a los miserables que destruyen el destino de sus países y a la multitud de «delincuentes decentes» que no trafican con la droga, sino que facilitan su producción y la consumen: es cierto que no matan con las armas dadas en pago, pero las venden a sabiendas que son para matar; es cierto que nunca han tenido un gramo de coca en sus manos, ni una daga, pero son los grandes «cajeros de la muerte».

### 3. *¿Cuándo llegará la paz?*

Entonces la pregunta hay que devolverla: ¿cuándo querrá el mundo «civilizado» que haya paz en América Latina?, ¿cuándo nos van a permitir que la historia fluya libremente entre nosotros?

Hace unos días leía que la primera Guerra Mundial tuvo como finalidad poner fin a la supremacía de Europa y al colonialismo. La segunda persiguió destruir el nazismo. La tercera –aquella que se llamó guerra fría, pero que, en verdad, fue la de la paz caliente– tuvo como meta la desaparición del comunismo. Hay quien afirma que se da ya una cuarta Guerra, simbolizada en el doloroso, condenable y reprochable episodio de las Torres Gemelas. Es la guerra que nace buscando golpear un mundo que todavía no sabe hacia donde marcha...

La cuarta Guerra ha comenzado y es la del terrorismo. La primera y la segunda la libraron los países desarrollados; la tercera –la de la guerra fría– fue de escritorio para los grandes, pero se libró y aún se libra en los países pobres de Latinoamérica y del África, en donde nuestros pobres se batieron por unas ideologías a ellos extrañas. Esta cuarta Guerra de hoy es el terrorismo y en ella estamos «globalizados». Golpea aquí y allá; y no sólo ahora. Los países importantes descubrieron que el tercer y cuarto mundo ya padecían desde hacía años lo que el 11 de septiembre puso en evidencia...

Jean Boudrillard, Noam Chomsky, Francesco Alberoni, Norberto Bobbio, Manuel Castells y Umberto Eco, desconcertados, se confrontan con el terrorismo naciente. Nosotros desde la Iglesia lo hacemos acompañando al Papa Juan Pablo II en su carta apostólica *Novo Millennio Ineunte* con su clamor por la globalización de la solidaridad, en su llamamiento a la Paz desde Asís y en su opción innegable por los pobres, por los migrantes, por los excluidos.

¿Dónde está el mundo nuevo que habíamos soñado? ¿Dónde está la tierra prometida que se nos dijo íbamos a encontrar? ¿Por qué estamos ahora en este desierto? ¿Cómo llegamos aquí? ¿Quién nos condujo hasta este sitio? ¿Cómo vamos a salir de esta violencia que nos golpea a todos? ¿Dónde están las señales del camino que conducen hacia la paz?... He venido recogiendo estas preguntas que me hacen personas de todos los niveles en América Latina y que yo mismo me formu-

lo. Con sorpresa escucho que Europa se las formula también desde el 11 de septiembre, participando de la nostalgia norteamericana...

En un reciente libro de Armin Pongs<sup>3</sup>, doce pensadores del mundo responden a la pregunta por la sociedad en que vivimos. Y yo insistiría en que cualquiera contestara para sí mismo esa pregunta y le adicionara aquella de qué sociedad posible signada por la paz es posible construir *ahora*... ¿Cómo combatir la muerte para darle una oportunidad a la vida? Es decir: ¿cómo evitar la muerte de los que están muriendo de hambre?, ¿cómo evitar la muerte de los que están muriendo de aborto?, ¿cómo evitar la muerte de los migrantes que arriesgan su vida en las pateras y embarcaciones desde donde sueñan con «no morir todavía»? ¿cómo evitar la muerte de quienes quedan en la mitad del fuego cruzado de dos enemigos armados?<sup>4</sup> ¿cómo evitar la muerte de quienes son sorprendidos por las acciones de terror?, ¿cómo evitar la muerte de los adictos a la droga?, ¿cómo evitar que el reino de la muerte se siga disfrazando de nacionalismo, de fidelidad religiosa, de justicia social, de lucha «por»? Y digo esto, porque hay quienes piensan que violencia es sólo aquello que explota y cubre de sangre el escenario cuando, en realidad, violencia es también la muerte de aquellos que mueren con el pudor del silencio y que esperaron contra toda esperanza.

#### 4. Conclusión

Hesíodo en su *Teogonía* habla del «Chronos», aquel que devora a sus propios hijos. Ese «Chronos» es el mismo que nosotros conocemos, según el filósofo griego Ferécides de Syros, y que traducimos como «tiempo»:

«Ahora sí entendí aquello de que Cronos, el tiempo, devora a sus propios hijos y comprendí finalmente por qué quien no tiene compromisos con la paz siempre pide tiempo de quienes le exigen hacer algo, con la esperanza de que el tiempo que todo lo devora cumpla su tarea con quienes padecen injusticia y pobreza».

Gracias por la invitación a este curso y por haberme dado la posibilidad de poner en común lo que pienso y siento, y de recibir lo mismo de ustedes. En la jornada de la Paz del 1 de enero de cada año, el Santo Padre siempre habla del derecho fundamental a la paz, que es derecho fundante de los demás derechos y sin el cual ninguno de los otros es posible... Ustedes en España y nosotros en «nuestra América» sabemos desde hace años lo que significan la violencia y el terrorismo...

<sup>3</sup> *In welcher Gesellschaft leben wir eigentlich? Gesellschaftskonzepte im Vergleich*, Dilemma Verlag, München 1999-2000.

<sup>4</sup> ¿Cuándo entenderemos que la guerra cambió de signo y que si en la primera guerra mundial murieron de cada diez fallecidos ocho militares y dos civiles, hoy día de cada diez muertos dos son militares y ocho civiles?

Sabemos igualmente que es preciso crear el sueño realizable de la paz y del desarrollo. Perdónenme si les digo y me repito a mí mismo que es preciso entender que hay que acabar con la vigencia de quienes piensan que política es el «arte de lo posible». Hay que dar camino amplio al liderazgo de quienes están ciertos de que política es el «arte de hacer posible lo deseable». El gran Chesterton afirmaba algo que hoy, en el balance final del siglo XX, me conmueve profundamente: «El cristianismo es el único sistema que no ha fracasado, porque nunca lo hemos aplicado».

De mi parte les invito a convertirlo en una realidad.